

El reverso de la antropología De Robinson Crusoe a los “Reality Shows”

Ingrid Sarchman

Este artículo planeaba empezar de una manera diferente a cómo lo hará efectivamente. Las líneas que siguen se proponían pensar en paralelo dos novelas donde se ponía en cuestión la racionalidad robinsoncrusoniana.

La isla de cemento de James Ballard, y *Foe*, del sudafricano Coetzee aparecen a los ojos de un lector más o menos advertido como metáforas incómodas de la modernidad. En ambas se plantea la posibilidad de desandar el camino del héroe moderno que va de la civilización a la barbarie y que gracias a la razón que lo ha formado logra construir una nueva sociedad ahí donde sólo había maleza y sinrazón. En las dos novelas se repite el mismo gesto, porque las sospechas que tienen sus autores son similares. Tanto Ballard como Coetzee advierten que no sólo las promesas del Iluminismo no han sido cumplidas, sino que lo que se ha puesto en duda son las bondades de la supuesta civilización. En esa clave de lectura, el escritor sudafricano presenta a una joven inglesa náufraga rescatada junto al fiel Viernes -de la mismísima isla de Crusoe ya muerto- que espera infructuosamente en Londres que un escritor se decida a escribir su experiencia en la isla.

La isla de cemento, en cambio, cuenta la historia de un yuppie treintañero al que un tonto accidente de auto manda a un descampado justo debajo de la confluencia de múltiples autopistas que nadie advierte y nadie ve. Ambos protagonistas se enfrentan al dilema de no saber si quieren ser salvados. O lo que es peor, no están seguros de que la salvación esté del lado supuestamente civilizado.

En todo caso, lo que aparece en ambas novelas es esa duda que carcome a los millones de habitantes de las ciudades modernas cuando se enfrentan con las consecuencias, la mayoría no deseada, que ha traído consigo la supuesta pacificación de los espacios públicos. La ciudad, ese reducto que la modernidad había ideado para que sus habitantes estuvieran protegidos, para que la seguridad de la propia existencia estuviera garantizada, se vuelve en contra como un animal domesticado, pero no doméstico. Ante esta evidencia, las islas, la real en *Foe*, la de cemento en Ballard se presentan como aquellos lugares que todavía conservan algo de la propia humanidad. Nuevos espacios paradójicamente acogedores que obligan a la añoranza en un caso y a la negación de su abandono en el segundo.

Con este panorama de fondo y con la idea de una obvia comparación entre ambos planteos encontré un curioso artículo publicado en Clarín a comienzos de octubre de 2009. El título era más que sugestivo: “Robinson Crusoe pero al revés”. La breve nota, que aparecía en el Suplemento SI, relataba la idea de un nuevo *Reality Show* donde se proponía que nativos de la isla de Tanna, en el sur del Pacífico “*viajen a distintas metrópolis a observar costumbres y habitantes*”.

Si en principio la idea suena extraña, rápidamente, el lector advertido de la gran ciudad intuye algo del resultado. Muchas escenas cargadas de velocidad, luces, tecnologías vertiginosas, autos, aviones, barcos, pero también comidas rápidas, colchones de agua montados sobre camas que cambian su posición a distancia y todo tipo de artefactos modernos vistos por unos ojos oscuros y extrañados. Como el televidente es un habitante de esta lógica urbana conoce y sonríe ante tanta perplejidad. La fórmula, parece, a primera vista, más que efectiva: personalidades contrapuestas, vestuario (o falta de él) extravagante, paisajes atractivos, vértigo, pero sobre todo humor, mucho humor, para que la audiencia, advierta una vez más, lo bien que se está en el sillón de la propia casa frente a una buena pantalla plana de 21”.

Hasta ahí nada nuevo, lo que inquieta son los propósitos. Porque sería una respuesta conformista y obvia suponer que se trata de de un simple “intercambio cultural” para marcar más aún las diferencias y terminar afirmando que el mundo “está lleno de diversidad”. Tampoco se puede creer que las miradas

atónitas de los simpáticos salvajes puedan sostener por ellas mismas una buena idea comercial. Acá se trata de otra cosa, se trata una vez más de ahondar en la percepción del otro. Traer al diferente a que conozca nuestras costumbres, incluso proponiendo, en apariencia, prácticas inclusivas. Enseñarle a leer, pero no solamente sencillas palabras de nuestro alfabeto, sino ayudarle a reconocer que esas dos palabras que empiezan con una enorme “C” significan mucho más que una bebida negra gasificada, dulce en exceso, o que siempre podemos encontrar una enorme “M” al costado de cualquier ruta (antes habría que explicar para qué sirven esos largos retazos de asfalto y las máquinas que se mueven sobre ellos) que ofrece comida rápida.

Se trata, en definitiva, de importar una mirada externa que nos devuelva en forma de asombro primero y de deseo ajeno después, el reconocimiento de todo aquello, que nosotros, ciudadanos de las urbes, hemos sabido conseguir. Los ojos extrañados no son más que una reafirmación de nuestra propia imagen. Limpios, bien alimentados y vestidos, cultos, capaces de reírnos de nosotros mismos, buscamos al diferente para que nos reafirme en el propio lugar. Su cuerpo desnudo, su extraño taparrabo, sus plumas no son más evidencias de que “todavía les falta para ser como nosotros” pero que tal vez insertándolos de a poco, mostrándoles el mundo “tal cual es” puedan comprender todo el camino que les falta recorrer. ¿Es esta una hipótesis demasiado darwinista? Puede ser, pero tampoco es viable el argumento que sostiene que esto es un “reverso antropológico”, como un experimento que puede darse vuelta como una media. Y si la antropología geertziana propuso la “descripción densa” como una teoría que dejara atrás viejos métodos cosificantes de la relación con el otro, para dar lugar al reconocimiento del diferente en toda su dimensión subjetiva, si se pensó a sí misma como una práctica donde el testimonio intentara no perder las marcas de enunciación, -y lo que se registrara fuera considerado más por sus omisiones, vacíos e implícitos que por lo dicho- ellos, los nativos, procederían de manera similar en nuestro propio territorio, aunque no sepan qué teoría están aplicando. Nada más falso. No sólo no se puede hablar de un revés en la medida que esta es una idea “occidental”, sino que la voluntad de conocer al otro no parte de ellos sino de “nosotros”.

En las novelas antes mencionadas el viaje va desde la “civilización a la barbarie” en un claro movimiento cuestionador. Pero en todo caso son Ballard y Coetzee respectivamente los que se preguntan por la posibilidad de no volver. Y no se lo preguntan desde un lugar asombrado, sino más bien desde uno desilusionado, no son extranjeros, sino exiliados. Alguien que se ha ido, literal o metafóricamente, obligado por las circunstancias.

En el caso del *Reality Show*, la escena no empieza en una reunión de Consejo donde el Cacique de la tribu propone una expedición al otro lado del océano. Comienza cuando un conjunto de productores piensa en una idea que suba las mediciones de audiencia. Y si esa idea ahonda en la reafirmación de las propias subjetividades, en la tranquilidad que otorga ser civilizado negando al diferente en un gesto que falsamente parece incluirlo, la ecuación cierra. Simplemente eso. Si la frase tradicional decía que los ojos eran el espejo del alma, acá, la mirada extrañada funciona como espejo de nuestras sociedades. Y eso, se ve, atrae multitudes... frente al televisor.